

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. VII

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, AGOSTO 22 DE 1885

SUMARIO — El jorobado, por E. Goldaracena — Velada de la Sociedad Universitaria en su décimo aniversario, por Fausto — ¡Pobre Juana!, por Juan C. Carvalho — Recuerdos, por P. Ximenez Pozzolo — Rima, por Miguel F. Rodriguez — A tí, por Eduardo D. Forteza — Vivir, Contestacion á una poesia que me dedicaron titulada «¡Morir!», por Pepe — Imitacion á Becker, por J. S. — La suerte, por Merlin — ¡No puedo!, En un album, por *.*.* — En el mar, Fragmento, por A. Castro y Barbosa.

El jorobado

En el año 1857 viajaba por Italia.

Era entónces jóven. Lleno de ilusiones, con la mente rebotante de entusiasmo me habia detenido ante las maravillas del arte italiano, contemplado la capilla Sixtina en que se asila el génio del Renacimiento, cruzado el cementerio de Pisa, saludado la tétrica figura del Dante en la catedral de Florencia y aspirado con voluptuosidad el ambiente salobre del golfo de Nápoles.

Solo me quedaba por ver Venecia.

¡Abandonaria la Italia sin pasarme por las aguas soñolientas del Rialto mecido por la góndola gallarda, sin detenerme como Byron en el Puente de los Suspiros que un palacio y una prision circuyen, sin inclinarme ante la novia coronada del Adriático?

No podia ser. Me dirijí, pues, á ella á cortas jornadas, interrumpiendo mi viaje con escursiones á los lugares que me atraian con alguna reminiscencia histórica ó seducido por las galas del paisaje.

Pocas leguas ántes de llegar al punto de

mi destino, encantado con la agreste naturaleza del terreno y á instancias de un amigo pintor que me acompañaba decidimos permanecer unos cuantos dias en una aldehuela medio oculta en un pequeño valle incrustado entre dos montañas.

Haciamos allí una vida sencilla pero activa. Nos levantábamos temprano, saludábamos al sol al asomar su disco enrojecido por sobre los picachos de la sierra, y mientras mi compañero tomaba sus pinceles, entregándose al trabajo, yo me echaba al hombro la escopeta y me lanzaba á la ventura, más que en busca de caza, ansioso de gozar del espectáculo animador del despertar del dia.

Despues de almorzar, leiamos un rato y hecha la merienda, paseábamos por el pueblo, con cuyos habitantes nos familiarizamos en breve tiempo.

Volviamos á la posada á cenar, acostándonos despues de fumar un cigarro en el terrado atentos al sonido bullicioso de la pandereta de la hija del posadero que bailaba la tarantela en la puerta de la calle.

¡Que escenas aquellas! La sombra se extendia sobre el valle, quedando iluminadas únicamente por los rayos postreros del sol las cumbres de los montes; sobre uno de ellos se distinguia la ermita de la virgen del lugar como si fuera á ascender al cielo atraida por el canto de los ángeles y la naturaleza se mostraba con esa solemne quietud que precede al reposo.

Allá á los lejos avanzaba el sonido de la esquila del ganado y el labrador fatigado con la tarea del dia, saludaba la proximidad de su hogar con un canto cadencioso, lleno de espresion y de ternura.

Vagando un dia por la poblacion nos encontramos en un callejon sin salida y al volvernos atrás, pudimos ver en la puerta de una casa de original apariencia un jorobado que negligentemente recostado en

el marco dejaba perderse su mirada en el espacio como al sonido en la contemplación de algo que solo uno vé cuando al concentrarse en su pasado, lo deja rodar ante sus ojos evocado por la mágica influencia del recuerdo.

Yo únicamente ví sus azules ojos, limpios como el cielo de su patria y de tal manera me impresionó su expresión que dije al artista señaládoselo con la mano:

Ahí teneis un modelo para un cuadro. Podia muy bien representar la imágen de la melancolía.

Sería una melancolía contrahecha, --me contestó sonriendo.

Sin embargo, hacedme el gusto, bosquejadlo. No sé porque me parece que hay en ese hombre algo que lo separa de lo comun. Creo que en ese cuerpo deforme se oculta un corazón despedazado por el sufrimiento y un alma capaz de comprenderlo en sus manifestaciones mas sublimes.

Sentóse el pintor sobre un monton de tierra, abrió su portofolio y colocándolo sobre las rodillas, tomó un lápiz y empezó su trabajo.

Entretanto, yo contemplaba al héroe del cuadro. Su fisonomía era simpática en extremo. La cara alargada, de pálido color, tenia el sello intenso que el dolor imprime y traspiraba bondad y benevolencia. Era su cuerpo robusto, el pecho ancho y levantado, la espalda encorvada como si hubiera pesado sobre ella el peso abrumador de una catástrofe que convirtiera al hombre en la plenitud de su desarrollo en el ser transformado que observábamos.

El fondo sobre que resaltaba su figura era digno de él. Las paredes de la casa llenas de grietas y agujeros, estaban adornadas por los líquenes que se forman en los edificios antiguos. Hasta la altura de un metro sobre la puerta, una brocha poco hábil habia pasado una mano de blanqueo y sobre ella la fantasía del dueño de la tienda habia agrupado en torno del letreiro— Barbería—que anunciaba sus ocupaciones, banderas y escudos con los tres colores de la bandera nacional, sobre los que se destacaban estas tres palabras que encierran la fé ardiente de una idea religiosa y el principio democrático proclamado por las sociedades modernas—*Dio provide Fraternitá.*

Notó el jorobado nuestra ocupacion y adelantándose hácia nosotros dijo:

Si los señores quieren descansar, consideraré un honor el que lo hagan en mi casa. Noto que les ha llamado la atención su exterior. ¿El señor que la está copiando es pintor?

Es verdad, contesté.

Pintor! murmuró pensativo.

Vos tambien sois aficionado al arte le dije, mostrándole la pared embadurnada de vermellon y verde.

Oh señor! no os burleis, exclamó poniéndose rojo hasta las orejas.

Lejos de mí esa idea, le contesté, para que comprendais que no puedo tenerla, os diré que mi amigo estaba bosquejando vuestra casa y vuestra persona á instancias mias. Me pareceis haber sufrido mucho.

Es verdad. Soy bien desgraciado.

Guardamos un discreto silencio que el jorobado interrumpió.

¿No quereis entrar?

Accedimos. Era la tienda estrecha é incómoda. Sobre una tabla cruzada á lo largo, se veia un espejo con marco de pino, algunas navajas y un tomo de poesias de Leopardi.

Un mal sillón servia para afeitarse, y los parroquianos tardos ocupaban un banco de madera pintado de verde que era el único asiento de la habitacion.

En las paredes colgaban un retrato de Napoleon I y otro de Garibaldi; la imágen de la tiranía y el génio de la libertad.

Estuvimos pocos momentos en ella. El barbero nos dijo que se llamaba Jacobo, habia nacido en aquel pueblo y pensaba morir en él. Su tienda era poco favorecida; los parroquianos preferian acudir á la del Figaro del lugar que amenizaba su trabajo con historietas picantes y estaba al corriente de la crónica escandalosa.

El consideraba que para afeitar bien no se necesita charlar mucho y no era amigo de meterse en vidas ajenas, lastimando la honra de nadie.

Esto me ha valido, añadió sonriendo, ser distinguido con el apodo de Jacobo el taciturno.

Nos despedimos y prometí volver. Me habia empeñado en penetrar la vida de aquel hombre, de averiguar su historia que como se encuentra entre el cuarzo de

metal ambicionado, habia en aquel individuo un rico venero de delicado sentimiento que explotar.

(Continuará).

Velada de la Sociedad Universitaria

EN SU DÉCIMO ANIVERSARIO

Numerosísima y distinguida concurrencia, en su mayoría constituida por el bello sexo, fué la que asistió á Solís en la noche de la Velada. Con notoria injusticia se ha dicho de que la moda de las veladas va cayendo en desuso, como si el arte de bien decir y el sublime de la música hubiesen descendido de la esfera elevada que en el campo de las bellas artes ocupan en nuestra patria y en el buen gusto de la Humanidad entera; pero prescindamos de estas consideraciones, porque á encariñarse con ellas nuestra pluma habia de escribir un volúmen: vengamos á la velada.

Abrió el acto nuestro distinguido amigo el bachiller Alfredo Giribaldi y en excelente prosa, despues de las frases de estilo, vindicó á la *Universitaria* del cargo que ha poco se le hizo: de intransigencia en sus opiniones científico-filosóficas y políticas. Demostró como en las distintas aulas de la *Sociedad Universitaria* todas las opiniones científicas y filosóficas tienen su asilo y se discuten sin distincion, único medio éste de progreso cierto, tratándose de un instituto de instruccion como el nuestro. Además constató el señor Giribaldi que la *Universitaria* jamás ha sido ni podido ser centro de política; puesto que por sus fines y medios nunca ha demostrado otra tendencia que la del estudio de las ciencias y las letras. Dirigiéndose por último á los señores conferenciantes los invitó á pasar á la tribuna por su orden, dando con esto fin á su discurso, modelo de buena diction y sensatez—Aplaudiósele justicieramente.

Tocó su turno á los señores V. Gayraud, Agustín Barceló y Salvador Gandolfo, quienes han demostrado una vez más sus conocimientos, dedicacion y progreso en el *divino arte*, interrumpióseles varias veces en el curso de la ejecucion con manifestaciones de aplausos así como en la terminacion.

Oro y barro, apólogo del señor Ministro de España acerea de nuestra patria, leído por nuestro amigo bachiller Samuel Blixen; fué bastante aplaudido como lo son siempre los trabajos del señor del Palacio.

Siguió luego el señor Ximenez Pozzolo, nuestro compañero de tareas, cuyo trabajo va en el presente número; es un trabajo de mérito y fué bastante aplaudido. El doctor don Jacinto Albistur, quinto de los conferenciantes, fué saludado por el público con nutrida salva de aplausos; nos presentó el autor de las *Crisis crónicas* al señor don Lucas Espinillo de la Vega, charlatan éste, sempiterno, pedagogo insufrible, conocedor de lo incognoscible etc, es un trabajo digno de leerse, interrumpióse su lectura varias veces por merecidos aplausos, aclamándose al autor con insistencia. Las señoritas Josefina Alcorta y Dolores Dorr en el *duetto* sobre motivos del «Profeta» se han presentado al público como hábiles ejecutantes, habia bastante armonía en la ejecucion apesar de las dificultades que ofrece la pieza; saludólas el público con aplausos así como al terminar obsequiándolas la Sociedad con bonitos ramos de flores. *Reunion de Amigos* trabajo del doctor Elías Regules,—excelente diction, bellas ideas y naturalidad, hé ahí las cualidades del discurso del doctor Regules que fué bien aplaudido.

En la segunda parte el doctor don Segundo Posada en un bien pensado discurso nos dió prueba acabada de correccion y amenidad, leyó pausadamente su trabajo y se le aplaudió por repetidas veces. Ocupó la tribuna nuestro apreciado amigo el señor don Carlos Roxlo; declamó su preciosa *oda*, que como trabajo poético es magistral, con entusiasmo creciente, interrumpiéndosele á cada estrofa con nutridos aplausos y llamándosele al proscenio cuatro ó cinco veces consecutivas al concluir; reciba nuestro caluroso y sincero aplauso.

Contra sus temores, el señor profesor D. Salvador Gandolfo, ejecutó habilísimamente la difícil fantasía de Gottschalk sobre motivos del himno brasilero; solo al señor Gandolfo hemos oido ejecutar esta pieza y á la verdad que se necesitan músculos de acero y dedicacion continúa para llegar á ejecutar con la precision que él lo hace; interrumpiósele varias veces con merecidos aplausos.

La señorita María Morelli acompañada al piano por su profesor, ejecutó en el cophone la preciosa fantasía de Rossi, sobre motivos de „Hugonotes“; es notable la facilidad con que la señorita Morelli ejecuta y el público, justo apreciador de sus facultades la aplaudió con calor; tambien fué obsequiada con un bonito ramo de flores.

El señor don Ricardo Passano nos leyó su hermosa composicion que fué varias veces aplaudida durante su lectura, tiene muy buenos versos y debe estar satisfecho su autor.

El señor don Agustín Barceló acompañado al piano por el profesor señor Gandolfo ejecutó en la flauta la fantasía de Morlachi „Pastor Suizo“; facilidad, dulzura y habilidad son las dotes que ostentó el señor Barceló habiéndosele interrumpido con aplausos por repetidas veces. „Canto al porvenir“ del jóven poeta Santiago Maciel fué bien declamado por su autor; cosechó bastantes aplausos en el curso y al fin de su declamacion.

Tocó su turno al señor don Santiago Fabini acompañado al piano por el señor profesor Mazzuchi; la espléndida fantasía de Fabilli fué ejecutada por el señor Fabini como nunca la hemos oido, hay en el arco del señor Fabini muchas fibras del corazon, mucha espontaneidad, relevantes dotes que muy rara vez se hallan reunidas: dicho señor fué justicieramente felicitado y llamado al proscenio;—reciba tambien nuestro decidido pláceme.

Cerró el acto el señor Vice-Presidente de la Sociedad, Br. don Alfredo S. Vidal y Fuentes, pronunciando breves pero correctas frases que fueron bien acogidas por el público.

Retiróse éste bastante satisfecho, comentando aquí y acullá las excelencias de los trabajos ejecutados.

Las veladas de la Universitaria tienen siempre el atractivo y entusiasmo de la juventud, ojalá tuviésemos la felicidad de presenciarlas más amenudo.

Fausto.

—♦—♦—♦—
¡Pobre Juana!

(CONTINUACION)

En una de esas barcas pescadoras venia Gaspar. Al llegar á uno de los muelles de la ribera, conocido por el *muelle de los pes-*

caidores, procedió al arreglo de las palancras y aparejos de la embarcacion, y luego, á la limpieza de la pesca.

Cuando concluyó su trabajo y dejó lista la barca para salir de nuevo al otro dia de madrugada, se dirigió á su casa lleno de satisfaccion.

Juana, durante todo ese dia habia llorado muchísimo. ¿Cuál era la causa?—Ella misma no la adivinaba. Era algo que presentia su corazon; algo, que no comprendia ni se daba cuenta de lo que pudiese ser, pero un presentimiento al fin. ¿Se engañó su corazon?—Mas adelante lo sabremos.

Con motivo de haber llorado tanto en ese dia, como ya he dicho, tenia los ojos escaldados por las lágrimas.

Cuando llegó Gaspar, trató de disimular lo mejor que pudo su quebranto, y así fué; que apenas lo vió, corrió á abrazarlo—depositando en su tostada frente un ósculo tan tierno y cariñoso, como lo son siempre los que dán con toda el alma las mujeres á sus amantes esposos, cuando reina dentro del hogar esa mútua correspondencia que santifica el amor.

Gasparcito y Lelia tambien salieron á su encuentro, presentándole sus frentes sonrosadas para que las besase.

Esa mañana, Gaspar habia ido á trabajar encontrándose algo indispuerto, lo cual dió mérito, para que Juana entablara este sencillo diálogo:

—¿No te ha ocurrido nada, Gaspar?

—Nó, absolutamente nada, ya ves. . .

—Si, veo que estás muy rosado y así como contento. . . . — Interrumpiéndola Gaspar,—esa es la mejor prueba de que me encuentro bien.

—Puede ser, exclamó ella haciendo un movimiento de cabeza como dudando de sus palabras,—y agregó en seguida,—pero muchas veces es por el demasiado trabajo que se está así como vendiendo salud, y sin embargo. . .

—Pero lo cierto es que estoy bien, replicó Gaspar sin dejarla concluir, queriendo cortar de este modo, como se dice, el nudo gordiano de la cuestion.

Pero ella haciéndose la desentendida, agregó:—No tanto; esta madrugada tu no lo estabas, y por eso te dije que no te embarcaras, que avisáramos á Pancho para que fuera por tí, pero. . .

—No, hija; un dia sin trabajo es un dia

que se nos adelanta el mes, y. . . Interrumpiéndole—y es natural, que por no perder uno pierdas una semana, eh?—exclamó Juana como reprochándole su modo de pensar.

—Ah mujer! eres muy cabilosa.

—No soy cabilosa, nó; digo la verdad y á tí no te gusta que te la diga, ¿no es cierto?—confiésalo.

Gaspar miró entónces á su mujer con cierta expresion de dulce melancolía, y quedó un tanto pensativo. Creyendo ella haber ofendido con aquella pregunta su corazón de oro, se arrepintió de haberla hecho, y por eso abrazándose á su cuello le dijo con un tono de simpático enfado,—tu dirás que yo soy muy mala contigo por que muchas veces te entristezco al hablarte ¿no es verdad, Gaspar? . . .

¡Nunca, esposa mía!—respondió éste en un arranque de íntima y espontánea satisfacción, nunca diré otra cosa de tí, querida Juana, sinó, que eres una mujer como no hay otra, y que te interesas demasiado por mí.

—Toma ¡bueno fuera que no!, respondió entónces ella con la mayor naturalidad,—oído lo cual, el buen pescador no pudiendo detenerse ante tan noble sentimiento, se acercó á su esposa y abrazándola con cariño, imprimió en su mejilla un beso de fuego, un beso de fuego, que era la prueba mas patente de haber cesado aquellos inofensivos reproches conyugales. Despues de esto, Juana fuése á disponer la cena.

Gasparcito y Lelia que hasta ese momento habian escuchado á sus padres con respetuoso silencio, al ver aquella tierna reconciliacion, salieron de su mutismo, y prendiéndose cada uno de las manos de Gaspar le preguntaron con infantil dulzura:—Padre ¿no trajo las roncaderitas que dijo?

—No, hijitos; las roncaderitas se pescan aquí desde los muelles.

—¡Ah! exclamaron ellos entónces, compungidos, como si cayeran desde el quinto cielo de su felicidad. Pero Gaspar notando la tristeza que les habia causado sus palabras trató de alegrarles, diciéndoles:—Pero en cambio traigo esto para ustedes; y les mostró un pañuelo de color—en forma de atado.—A ver, padre, á ver; prorumpieron ambos con la mayor alegría, olvidándose

por completo de su repentino mal humor —¿Que es, padre?

—Adivinen—¿Es una lisita?—Nó —¿Es un pejereicito?—Tampoco. — Sí, es un pejereicito, Lelia, padre nos quiere engañar, dijo Gasparcito, como si hubiera acertado. —Nó, no es eso, replicó Gaspar nuevamente, son . . .

—¿Qué cosas?—Unas . . . unas . . . y des- envolviendo el pañuelo les dijo, unas sardinitas, tontos.

—Sardinitas, Lelia, . . . ah! sardinitas; mira que lindas son! Y Gasparcito apoderándose de ellas corrió en direccion al patio; y como Juana entrara en ese momento con la cazuela de sopa, la paró para decirle:—Madre,—padre nos trajo sardinitas para cenar;—mire que lindas son; — y deteniéndose un instante para mirarlas, le contestó llena de satisfaccion, — es cierto, son muy lindas.—Y continuó su camino.

Lelia, desde adentro, llamaba á su hermano loca de contento, y al verlo, exclamó: — Gasparcito, dice padre que las aseamos á las brasas; así como á mí me gustan tanto!—Y á mí tambien Lelia;—y al decir esto brincaban y retozaban ambos hermanos con la mas grande alegría, saltando y tirándose sobre una tarima con pobre jergon de chala, unidos de las manos.

Sus padres miraban aquella escena infantil llenos del mas paternal cariño, sintiéndose en su interior niños como ellos y como acompañándoles en sus cabriolas.—Pero pasados unos momentos exclamó el bueno del pescador — Bien, hijitos; ahora juicio.—Vengan á la mesa.

Terminada la pobre cuanto saludable cena, Juana levantó la mesa en tanto que Gasparcito y Lelia se acostaban en sus escualidos lechos, rezando antes una oracion y pidiendo despues la bendicion á sus padres.

(Continuará).

Recuerdos

Un año mas! es un paso que nos aproxima al Paraiso Celestial.—
R. O.

I

Dulces recuerdos del celeste dia,
Venid al alma mía
A infundir vuestra lumbrer soberana,

Para que brote del laúd cansado,
 El acento inspirado
 De la valiente musa americana.

Despertad al dormido sentimiento;
 Matad al pensamiento
 Que entre la sombra del dolor se agita,
 Y haced que nazca la brillante idea,
 Que ardiente centellea,
 Y en cuyo seno la creacion palpita.

Que crezcan en el alma estremecida
 La esperanza y la vida
 Que con la fé palpitan en acorde,
 Y suba del amor puro y bendito
 El raudal infinito
 Y en inmenso torrente se desborde.

Despliegue la ardorosa fantasía
 Sus alas como el dia,
 Dispersando el misterio del profundo,
 Y se convierta en luz toda la mente,
 Como el astro fulgente
 Que eterno resplandece sobre el mundo.

Que de poesia el corazon se—abra;
 Que estalle la palabra
 Como dulce armonía no escuchada,
 Y que el latido de la mente inquieta
 Lo traduzca el poeta
 En su estrofa de luz, arrebatada,

Que la esperanza dulce y misteriosa,
 Con sus alas de rosa
 Nos trasporte á la luz de los querubenes,
 Para ver, desde el ámbito profundo,
 El efecto del mundo
 Rodando bajo el velo de las nubes.

Que cada idea de la mente osada
 El alma electrizada
 La resuelva en eflúvio de diamantes,
 Y con valor el inseguro acento
 Se esparza por el viento
 Resonando en los ámbitos distantes.

II

Hoy vence un año de sin par ventura,
 Y la dicha insegura,
 Que ambicionára ayer el alma mía,
 Se ha realizado en sus felices horas,
 Gratas y seductoras,
 Que en mi ser infundieron su alegría.

Horas que en mi soñar han esparcido,
 No el matador olvido,
 Sino el germen brillante del recuerdo

Que en el campo dichoso del pasado
 Radiante ha fermentado
 En volcanes de luz en que me pierdo.

Ellos alumbran todas las venturas,
 Celestiales y puras,
 Que ondular miro en alas de la brisa,
 Y sirven de escabel resplandeciente
 Al ángel sonriente
 Que el corazon y el alma me esclaviza.

Allí están mis doradas ilusiones,
 Las dulces afecciones
 Que condensa el espíritu en lo interno, —
 Lo que no se traduce ni se canta,
 Y nuestro ser levanta
 En alas del amor puro y eterno.

La abstraccion misteriosa é indecible,
 Forjando un imposible
 Sobre el yunque de luz del pensamiento,
 Donde brota la chispa de la idea,
 Que al brillar centellea
 Relámpagos de amor y sentimiento.

La vision del ideal de los ideales
 De formas celestiales,
 Que ni el génio de Grécia ni de Roma
 Traducir pudo en su labor constante:
 El ángel deslumbrante
 Del dulce paraíso de Mahoma.

El encuentro feliz del ser risueño,
 Que brotára en un sueño
 Grato como el color de los albores,
 Y que al verlo, mi espíritu amargado,
 Sintióse transportado
 Al cielo del amor de los amores.

La expresion divinal de su mirada,
 Que en estrofa caílada
 Tradujo el misterioso sentimiento,
 Y que al sentirla el alma estremecida
 Encadenó mi vida—
 A su vida, con firme juramento.

El son de su palabra dulce y llena,
 Que mi ser enagena
 Como un himno de amor y sentimiento,
 Que escuché, delirante y conmovido,
 Cual eco desprendido
 De la gigante cítara del viento.

El éxtasis de dicha inolvidable;
 El idilio inefable,
 Que en brazos escuché de la fortuna,
 Cuando absorto, feliz y embelesado,
 La miré fascinado,
 Al suave rayo de la blanca luna.

Los sueños de ventura y de alegría
 De aquel brillante día
 Que la dije, con frase entrecortada,
 Todo lo que decir el alma puede,
 Cuando embriagada cede
 Al ruego del amor de una mirada.

Los espléndidos soles de Febrero,
 Cuyo rayo postrero,
 Al quebrarse en el arco de occidente,
 Dejaba aquí en mí ser por siempre escrito
 El amor infinito
 Que desbordaba mi pasión creciente.

El juramento ardiente y anhelado,
 Juramento sagrado
 Que ni el paso del tiempo lo desploma,
 Que solo en una sílaba se encierra,
 Y que el cielo y la tierra
 No poseen mas espléndida en su idioma.

Los mil vagos ensueños y dulzuras,
 Celestiales y puras,
 Que prestaron aliento al alma mía
 Y trocaron brillantes de improviso,
 En luz de paraíso,
 La duda de mi espíritu, sombría.

Todo lo que despierta el sentimiento
 Y enciende el pensamiento
 Se eleva en el raudal de mi memoria,
 Como un foco de luz, que sube y sube.
 En encendida nube,
 Hasta inflamar las cumbres de la gloria.

III

Esos dulces ensueños del pasado,
 Que el tiempo ha realizado,
 Brillarán en el alma eternamente,
 Cual los astros que pueblan las alturas
 Infinitas y puras
 Que se impregnan de luz resplandeciente.

En ellos libará mi pensamiento,
 Amor y sentimiento,
 Y todo cuanto el ánimo enagena,
 Y ha de exhalar mi lira enamorada
 La música soñada
 Para cantar el célico poema.

Y si me traen los venideros días
 Las dichas y alegrías
 Que surgen en la luz de mis desvelos,
 Diré—que en esta vida transitoria,
 Soñando con la gloria,
 He aspirado el perfume de los cielos.

P. Jimenez Pozzolo.

Agosto de 1885.

Rima

Pensando en los dolores que he pasado
 Y en las luchas tremendas del *vivir*,
 Del labio se me escapa sollozando
 La palabra sombría de *morir*;

Pero pienso en lo mucho que te quiero
 Y en los sueños deshechos al *morir*,
 Y en el labio palpita sonriendo
 La palabra sublime de *vivir*!

Miguel F. Rodriguez.

A ti

Como guarda la perla de rocío,
 En el fondo del cáliz, una flor,
 Así guarda escondida el pecho mío,
 La preciosa esmeralda de tu amor.

Es tan puro, tan grande, tan potente,
 Como Dios, como el cielo, como el mar,
 Vano intento sería el de mi mente,
 Con palabras querértelo expresar.

Cuantas noches, en medio de un ensueño,
 Cual sublime visión te me apareces,
 Y al querer abrazarte... loco empeño,
 Como nube sutil te desvaneces.

Cuando ansiosa te busca mi mirada,
 Surge pronto tu imagen bendecida,
 Ya te miro en la luz de la alborada,
 Ya en la cumbre, do el águila se anida.

Mas hermosa, mas casta, mas sonriente,
 Que la luz, que una virgen, que la aurora
 Ostentando en tu pura y nivea frente,
 La virtud, que fascina, que enamora.

Por beber el amor en tu mirada,
 Yo desprecio el amor de otras mujeres;
 Por fundirme con tu alma enamorada,
 Yo me alejo del mundo y sus placeres.

Eduardo D. Forteza.

¡Vivir!

CONTESTACION Á UNA POESIA QUE ME DEDICARON
 TITULADA „¡MORIR!“

Tus versos, reflejos de un alma aflijida
 Llenaron mi pecho de inmenso temor
 Pensé ¡si la virgen que adoro me olvida!
 ¡Si fueran mentira mis sueños de amor!

Entónces la vida sería un tormento;
 La dulce esperanza, falaz ilusion;
 Los bellos ensueños que forja la mente
 Delirios insanos de ardiente pasion.
 Mas no—no es la vida lamento incesante
 Lamento que arranca punzante el dolor,
 Y nunca detiene su furia abrumante
 Ahogando del pecho—el triste clamor;
 Tambien ella tiene sus dulces encantos;
 Sus noches serenas, sus noches de amor,
 Sus flores hermosas, de pétalos blancos,
 Su luna plateada, de suave fulgor.
 Sus brisas de ricos aromas cargadas
 Que ledas suspiran á orillas del mar,
 Sus bellas escenas de lumbre bañadas,
 Sus risas, sus goces, su blando anhelar.
 Los rios, los bosques, las vegas floridas
 Que sombra y reposo nos prestan al par
 Parece dijera al alma aflijida;
 ¡Corred las delicias del mundo á gozar!

Pepe.

Imitacion á Becquer

Volverán las violetas y las rosas
 Tu jardín con su aroma á perfumar
 Y entre sus verdes hojas los pimpollos
 Ocultos estarán.
 Pero aquellos jazmines y pimpollos
 Que adornaron tu seno virginal
 Y cayeron marchitos de tu pecho
 Esos no volverán.
 Volverán en el sauce los jilgueros
 Sus nidos otra vez á fabricar
 Y al compás que al correr llevan las aguas
 Su canto entonarán.
 Pero aquellos jilgueros que á la tarde
 A tu jardin llegaban á cantar
 Esos, dulce mujer del alma mia
 Esos no volverán.
 Volverán otras tardes los barqueros
 En las aguas del rio á navegar
 Y al compás que al caer llevan sus remos
 Alegres cantarán.
 Pero aquellos remeros que me vieron
 En tus lábios mis labios aplicar
 Esos, dulce mujer del alma mia
 Esos no volverán.
 Volverán tus amigas con sus lábios
 A tu frente otra vez acariciar
 Pero un beso de amor como te he dado
 Jamás te lo darán.

J. S.

La suerte

Cuéntase de la rubia Catalina
 Que, porque Dios lo dió *cabellos de oro*,
 —Que no es poco tesoro—
 Se quejaba sin par la muy indina;
 Pero supe despues que una Lorenza
 Tambien lloraba, dando por motivo,
 —Lo que yo no concibo—
 El ser *muy negra* su abundosa trenza.
 Esto—¿sabes, lector, lo que te advierte?...—
 Que *nadie está contento con su suerte.*

Mertin.

¡No puedo!

EN UN ÁLBUM

Me pides versos cuando en el alma
 No llevo cantos sinó gemidos,
 Me pides versos á mí que tengo
 El alma triste como un suspiro!

Ah! no se canta cuando en la mente
 Vagan las sombras densas y negras,
 Cuando en la vida todo parece
 Entre amarguras que el alma hielan!

Mis ilusiones ya se perdieron
 Como una nave sobre la mar;
 No hay en mi lira dulces acentos
 Y en vano, en vano fuera cantar!

*
 * *

En el mar

FRAGMENTO

La mar, doquier la mar; como el aliento
 de fatigado niño que dormita,
 el viento blandamente por las crestas
 de las movibles ondas se desliza,
 allí donde unas mueren, otras nacen,
 un extraño poder las multiplica,
 y así como el poeta, como el pájaro
 su destino es cantar hasta que espiran.
 Otras veces el viento cual salvaje
 córcel encadenado, que relincha
 y sacude la crin, sacude airado
 sobre la mar sus ráfagas bravías,
 y enormes, gigantescas. cual montañas
 las olas tras las olas precipita.

A. Castro y Barbosa.

Viage de Rio Grande á Montevideo.

19 de Agosto.